

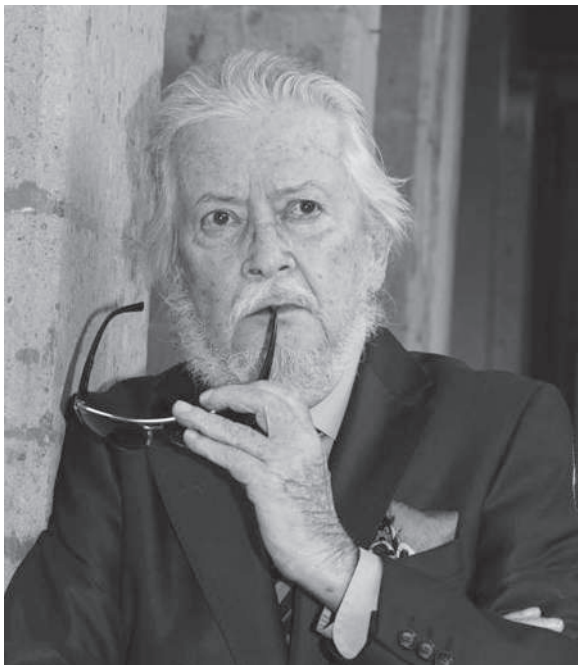
FERNANDO DEL PASO
YO SOY UN HOMBRE DE LETRAS
DISCURSO DE INGRESO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA
RESPUESTA



EL COLEGIO NACIONAL

YO SOY UN HOMBRE DE LETRAS



FERNANDO DEL PASO

Fernando del Paso

YO SOY UN HOMBRE
DE LETRAS

DISCURSO DE INGRESO
(12 de febrero de 1996)

SALUTACIÓN

Salvador Elizondo

RESPUESTA

Miguel León-Portilla



EL COLEGIO NACIONAL

México, 2016

PQ7298.26A76

P37 2016

Paso, Fernando del, 1935-

Yo soy un hombre de letras : discurso de ingreso, 12 de febrero de 1996 / Fernando del Paso ; salutación de Salvador Elizondo ; respuesta de Miguel León-Portilla ;. -- Primera edición, primera reimpresión. -- México: El Colegio Nacional, 2016
56 páginas : fotografías a color ; 18 centímetros.
ISBN 978-607-724-145-4

1. Paso, Fernando del, 1935- -- Crítica e interpretación.
I. Elizondo, Salvador, 1932-2006, salutación. II. León-Portilla, Miguel, 1926-, respuesta. III. Discurso de ingreso. IV. El Colegio Nacional.

Primera edición: 1996

Primera reimpresión: 2016

D. R. © 2016. El Colegio Nacional
Luis González Obregón 23, Centro Histórico
C. P. 06020, México, D. F.
Teléfonos: 5789 4330 • 5702 1878

ISBN: 978-607-724-145-4

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Correos electrónicos: publicaciones@colnal.mx
editorial@colnal.mx
contacto@colnal.mx

www.colnal.mx

PALABRAS DE SALUTACIÓN

Salvador Elizondo

Ha querido el orden alfabético que rige la sucesión presidencial de El Colegio Nacional que me tocara el honor de recibir entre sus miembros a Fernando del Paso, viejo y admirado amigo que a lo largo ya de treinta años nos ha brindado el asombro de sus libros más importantes que, sin ser muchos, todos han dejado una profunda huella no solamente en quienes hemos tenido la fortuna de leerlos, sino también en la historia misma de la literatura de nuestro país. He compartido desde hace mucho con Fernando del Paso uno de los sentimientos más nobles que pueden compartir dos escritores: el de la admiración por un tercero. Está vivo en mi recuerdo aquel momento entusiasta de

nuestra carrera literaria incipiente en que intentamos, con José de la Colina, traducir la primera página de *Finnegans Wake* de James Joyce hace más de treinta años; intento de concretar de alguna manera la admiración que sentíamos por el gran escritor irlandés; intento abortado entonces y que terminé por mi cuenta muchos años después, pero que en su momento obtuvo frutos espléndidos en la obra de Del Paso. Nadie puede leer *José Trigo*, aun pasados treinta años desde que le valiera el Premio Xavier Villaurrutia, sin sentir no la influencia literaria directa, sino el influjo apasionado que se vuelca mediante la escritura en un frenesí de lenguaje, primero capturado y luego concretado mediante la escritura, y cuya naturalidad es el resultado de la aplicación de muy complejos procedimientos de elaboración artística.

Fue Paul Valéry, en su *Discurso a los cirujanos*, el primero en señalar la riqueza y la potencia literaria que guardan la ciencia, el vocabulario y las formas que

usan los científicos en su discurso; otros escritores, algunos también mexicanos, han tratado de desentrañar la riqueza de esos lenguajes que parecen dormir inertes para el arte entre las mohosas tapas de los viejos tratados científicos y de elevar su contenido a la altura del arte como lo hizo Del Paso en su *Palinuro de México*.

En un tercer libro, *Noticias del Imperio*, este autor penetra en los meandros de un momento de nuestro pasado encubierto todavía por las brumas de una historiografía tal vez demasiado urgida por la pasión política, aunque no por ello ha dejado de dar algunas obras significativas: me viene a la memoria *Corona de sombras* de Usigli y otra de Franz Werfel que trata también de ese momento dramático de nuestra historia que fue la Intervención francesa y el efímero Imperio mexicano. La personalidad de sus protagonistas no ha agotado todavía toda la intensidad que se desprende de esa tragedia histórica. Del Paso ha ahondado en la personalidad de uno de

sus protagonistas: la emperatriz Carlota, centro heroico de su libro. Yo creo que la verdadera proeza del autor ha sido la de tratar de reconstruir, más allá de la documentación, el alma de una mujer a la que el destino, como a todos, le impuso una suerte singular y significativa, muy por encima de las circunstancias que la pusieron en una coyuntura de la que todavía no sabemos bien si salió airosa. Por mi parte, pienso que la locura de la emperatriz, de la que trata el libro de Del Paso, nos ha puesto enfrente su alma conturbada por los hechos terribles que la persiguieron. El análisis profundo de su pasión nos la revela, a través de las páginas del libro, como un signo que en su momento produjo confusión en todas las almas de los mexicanos y que alienta todavía como una figura de nuestra historia en la que encarna un signo de desesperación y de terror, como tantos ante los que nuestra situación nos ha puesto a lo largo de los siglos, y de la que de alguna manera u

otra hemos conseguido zafarnos gracias, justamente, a las interpretaciones que si no iluminan nuestro momento presente, sí arrojan un poco de luz sobre nuestro pasado turbulento.

Tengo entendido que Fernando del Paso ha publicado hace poco otra novela; una novela policiaca que, por desgracia, no ha llegado a El Colegio Nacional. La esperamos ansiosamente todos sus miembros en cuyo nombre hago votos por el merecido éxito de este autor que a partir de hoy nos honrará con su compañía.

No me queda por hoy, 12 de febrero de 1996, más que darle una muy cordial bienvenida, augurarle una feliz presencia entre nosotros e invitarlo con la mayor cordialidad a que nos lea sus palabras de recepción. Bienvenido, Fernando del Paso, que tiene la palabra.

YO SOY UN HOMBRE DE LETRAS

Fernando del Paso

Puesto que son mis obras, malas, buenas o regulares, las que me han traído aquí, a este recinto, me permitiré leer, de ellas, un fragmento que corresponde al capítulo titulado “Yo soy un hombre de letras” de *Noticias del Imperio*, en el que se habla del alfabeto de veintiocho letras de plata refulgente que le regala, al personaje del capítulo, su padre:

Con esas veintiocho letras —le dice al entregárselo— se fundan y se destruyen imperios y famas, [...] con ellas se escriben cartas de amor perfumadas con pachulí y se redactan, con sangre ajena, condenas de muerte. Con ellas yo no sé si Homero escribió la *Odisea* y Esopo sus *Fábulas*, porque los dos eran ciegos, pero alguien, de todos modos, las escribió. Con estas letras

se hacen los periódicos y las leyes, con ellas se hicieron la Revolución francesa y nuestra Constitución y con ellas yo, tu padre, escribí con el seudónimo *El Hijo del Águila* mis ditirambos contra Hyppolyte du Pasquier de Dommartin, uno de los primeros cacos franceses de los tantos que, por Sonora y por su plata, le vendieron el alma al diablo. Con las letras se da vida a las causas y a los hombres, con ellas se les da muerte. Con ellas, acomodándolas unas veces en una forma y otras veces en otra, en grupos de dos, de cinco o de veinte, y luego poniéndolas en hilera, tú podrás ayudar, hijo, a escribir la Historia de nuestra Patria, así con mayúsculas, y escribirás tu propia historia para bien o para mal, para tu honor o tu vergüenza.

¿Somos entonces los poetas, los escritores, nada más que juntadores de palabras, palabras en hilera que se convierten en renglones, renglones que hacen párrafos, párrafos que llenan páginas, páginas que forman libros?

Parecería que sí, si pensamos, como Mallarmé, que la poesía no es cuestión de ideas, sino de palabras. O si asumimos,

sin preguntarnos qué significa —porque no tendría sentido hacerlo—, la poesía automática de Hans Arp o de Philippe Soupault, y en qué, en dónde, radica su singular belleza.

Parecería que no, si coincidimos con Ernesto Sábato, quien nos dice que uno de los problemas capitales del escritor es la tentación de juntar palabras para hacer una obra, y cita a Claudel: “no fueron las palabras las que hicieron la *Odisea*, sino la *Odisea* la que hizo las palabras...”.

En el primero de los casos, como simples juntadores de letras, sílabas y palabras, y en tanto lo escrito alcance —como resultado del fluir de un desbocado subconsciente—, esa insignificante, sí, pero no vana, ni pequeña, ni pueril belleza, seremos capaces, todavía, de hacer el amor con un cadáver exquisito. Capaces también de disfrutar los misterios y las sorpresas de la creación clónica, presuntamente inmaculada y virgen, de Raymond Roussel. O de contestarle a Romeo como lo hizo

su amigo Mercucio cuando el Montesco le dijo: “¡Silencio, silencio, Mercucio, silencio! Estás hablando de nada” y el aludido respondió: “Es verdad, hablo de sueños”.

Pero, decir que la *Odisea* hizo las palabras, ¿acaso no equivaldría a afirmar que no hay, que no hubo, que no habrá sino una sola forma, un solo conjunto de palabras que la hizo posible, y que esa forma, ese conjunto, fueron descubiertos por Homero, desde entonces su único dueño? Veinte siglos después, sin embargo, Raymond Queneau nos enseñó, en sus *Ejercicios de estilo*, que las formas de contar una misma historia son innumerables, quizás infinitas, si bien en todos los casos, sin excepción, la atmósfera y el carácter de cada versión son distintos. Es así como existe, en potencia, cualquier cantidad imaginable de formas de volver a contar la *Odisea*. Es decir, el exilio y las aventuras de Ulises. De hecho, todas, incluso la *Odisea* inconclusa y la *Odisea* parodia de sí misma, todas las *Odiseas* palpitan, en espera

de conocer la luz, en el vientre de la Biblioteca de Babel. Lo que no es posible es volverla a contar como lo hizo el poeta griego. Porque él la contó con sus palabras, y nada más que con sus palabras. Se necesitaría otro Pierre Menard para repetir, en realidad para calcar y llevar a cabo, semejante odisea.

Estar consciente, saber que con esas mismas escasas, escasísimas, letras del alfabeto, no sólo la ficción puede tomar infinitas formas: también el discurso, el discurso no tanto como acto de la facultad discursiva, sino como simple serie de palabras y frases destinadas a manifestar los pensamientos y los sentimientos de alguien —por ejemplo, los míos—, en determinadas circunstancias —éestas, por ejemplo—, representó para mí, durante largas semanas, un obstáculo que conjugaba características contrarias: la altura del muro, la hondura del abismo. No todos los días se ingresa a El Colegio Nacional. No todos los días se acepta y se ejerce la

obligación, que a su vez conjuga el placer y el desasosiego, de agradecer, en público, a tan ilustres amigos, a tan insignes compatriotas: científicos, intelectuales, filósofos, poetas, la generosa invitación a acompañarlos en un breve tránsito por la fama, a bordo de una nave en la que también viajan tan esclarecidos fantasmas. No todos los días se tiene un foro de la altura de éste, en el que parecería que, con un poco de suerte y algo de audacia, podríamos arrancarle a la epopeya un gajo.

Los extremos de los milagros y las realidades de la creación literaria —supuestos y alados los primeros, sólidas y pedestres las segundas—: por un lado, el espíritu —o genio, o portento— que le dicta sus obras al poeta, “lo que aprendí en las pocas horas en que mi boca estuvo gobernada por el otro —nos dice Juan José Arreola—. Lo que oí, un solo instante, a través de la zarza ardiente”: dictado, revelación que hace del escritor un profeta, un emisario, un médium, un portador del evangelio, y, por

el otro, el escritor sordo a los cantos de la divinidad, ciego a los prodigios con los que quisiera obsequiarlo el mensajero, el escritor cuya boca habla sólo por sí misma y que, como el albañil, edifica su casa piedra sobre piedra, palabra sobre palabra: son esos extremos los que de alguna o varias maneras me orientaron en la azarosa tarea de escribir un discurso del que si antes existían, no sólo en la Biblioteca de Babel, sino en las profundidades de mi pensamiento, una infinitud de mil comienzos distintos, de mil distintas versiones, de mil finales, hoy sólo existe una única y huérfana versión que deberá bastarse por sí sola: ésta. Del resto no quedan ya ni las sombras. Lo que no quiere decir necesariamente que esta versión, por artificiosa y retórica que parezca, esté alejada de mis verdaderos sentimientos, pues la verdad, como decía Machado, también se inventa.

En otras palabras, el hecho de meditar en esos y otros extremos, como en la fortuna y el infortunio del poeta, en su

triunfo y su fracaso, en su elevación y su caída, en su exaltación y su descrédito, en su divinización y condena, fue el que me condujo, el que me llevará, espero, hasta una salida que presumo airosa, por ese laberinto de posibilidades, por ese bosque enmarañado de disyuntivas, por los que transité, por los que aún transito, en equilibrio a duras penas, como el alambrista, entre otros contrarios que también le son al poeta familiares: la claridad y el caos, la plenitud y la vaciedad, la gravedad y la ligereza, la formalidad y el juego, la verdad y la mentira, lo sublime y lo ridículo.

Llamo *poeta*, que quede dicho de una vez por todas, a todo escritor, ya sea su oficio no sólo la hechura de poemas, sino también de dramas, comedias, cuentos o novelas, a la manera en que lo hizo Walter Muschg en su *Historia trágica de la literatura*, ese maravilloso estudio que, como pocos, nos presenta los múltiples avatares en los que ha encarnado el poeta a través de los siglos, para su felicidad o su miseria:

vidente, mago, profeta, semidiós, paria, acusado, víctima, héroe, ángel caído... Avatares, encarnaciones, que han hecho oscilar al poeta y su alma entre otros antípodas que tienen que ver, más que con su obra, con su actitud hacia los demás y, en primera y última instancia, hacia sí mismo, y con su conciencia: la humildad y la arrogancia. Y que lo han emponzoñado con la incertidumbre de no saber si a su nombre y su obra lo esperan la gloria o el olvido.

Incertidumbre, zozobra, para las que encuentra una respuesta el que de verdad quiere encontrarla: siempre, tarde o temprano, y las más de las veces muy temprano, nos espera el olvido.

¿Por qué el poeta ha adquirido esta desmedida, desproporcionada, absurda importancia? Porque se le supone dueño de la palabra. Y la palabra es el verbo, y el verbo, además de ser el hijo de Dios encarnado, es el logos, y el logos es la razón cósmica que, según Heráclito, rige todo acontecer, y que para Plotino representa

la imagen o la palabra de Dios, y para Filón de Alejandría el supremo mediador entre Dios y el mundo. Y ser dueño de la palabra o, por lo menos, con el lenguaje que comparte con el resto de sus coteráneos, saber fabricar mejor que éstos espejismos y pirotecnias verbales ha situado al poeta siempre en ventaja frente a los representantes de cualquier otro oficio sobre la Tierra: el poeta, como Narciso, se canta a sí mismo frente al espejo.

Es verdad que la leyenda y la historia se han encargado de idealizar la figura del poeta como el portador de la antorcha de la libertad, en la medida en la que el propio poeta se ha adjudicado la obligación de mantener viva la llama de la libre expresión. Tarea que es hoy, gracias al periodismo y los medios de comunicación masiva, no sólo más factible que nunca, sino también de una trascendencia jamás antes vislumbrada o sospechada siquiera.

Verdad, sí, que la toma de conciencia del poeta ha dado a lo largo de la historia

algunos escritores mártires que entregaron su talento y su vida en aras de esa libertad. Sin ir muy lejos, en este siglo y en esta América, en la cual la pobreza, la injusticia y la corrupción han propiciado que muchos poetas reconozcan que, como dijo Mario Benedetti: “sería muy lamentable para cualquier artista auténtico la mera aceptación de la idea de que una de las posibles funciones de la obra de arte sea la de absolver mágicamente a su creador de todas sus claudicaciones, de todas sus traiciones, de todas sus cobardías”.

Sí, la literatura, la poesía, han dado sus héroes y sus mártires. Pero por cada García Lorca, hay un Giordano Bruno que dedicó su vida a la incansable lucha por sus ideas y sus ideales, y acabó por perderla, por sacrificarla, en la hoguera de la Inquisición. Y también por cada Georg Trakl, por cada Verlaine, por cada Nerval, por cada poeta maldito que bebió hasta las heces el cáliz de su tragedia, a otros muchos que nada tuvieron que ver con la poesía —como

Ignacio Semmelweis, el padre de la asepsia—, la ignorancia, el desprecio, la indiferencia, la calumnia y la envidia los llevaron a la locura, al suicidio, al silencio.

El acto de crear, el proceso de forjar un objeto artístico, es, en sí, por sí solo, un fin. Terminado el objeto, sin embargo, suele transformarse en un medio para alcanzar otro u otros fines: dinero, por ejemplo, o fama. Así, personajes muy respetables del mundo de las letras fueron presa de la obsesión de la inmortalidad. En la obra ya citada de Walter Muschg, encontramos abundante información sobre sus tribulaciones y dubitaciones. Virgilio confesó su insaciable sed de fama. Schopenhauer afirmaba que la fama en vida era el bocado con el cual más podía deleitarse el amor propio. Goethe comentaba a sus amigos, con amargura, su impopularidad. Y para Voltaire, rey de las maquinaciones destinadas a edificar y fortalecer su propia fama, la humanidad entera se dividía entre aquellos que lo admiraban y aquellos que

lo atacaban o que, simplemente, ignoraban su existencia.

No todos se preocuparon por su fama en vida, pero, si no lo hicieron, fue a cambio de preocuparse por su fama póstuma, por su inmortalidad; actitud que, en todo caso, o quizás deberíamos decir en todos los casos, revela una soberbia mayor aun. Petrarca afirmaba que la presencia del artista es siempre enemiga de la fama, pero en su *Carta a la posteridad* se transparenta que no abrigaba duda alguna en lo que concierne a su propia fama y a la supervivencia de ésta a través de los siglos venideros. Shakespeare, en uno de los sonetos que escribe a su amante, le asegura que sus versos le darán vida eterna:

So long as men can breathe, or eyes can see,
so long lives this, and this gives life to thee.

Stendhal, por su parte, se juró a sí mismo escribir sólo para la posteridad y dejarle obras perfectas. Y Gustave Flaubert

creía que la incompreensión de los compatriotas contemporáneos y de los familiares era, para el poeta, la confirmación de la importancia y belleza de su obra... Entre los grandes escritores del pasado, nos señala Walter Muschg, una de las pocas excepciones fue Chaucer, quien en “La Casa de la Fama” describe a ésta como una diosa injusta que con frecuencia eleva a los incapaces y olvida a los dignos. Al lado de la Casa de la Fama está la Casa de los Rumores, llena de gente que produce un ruido ensordecedor. Con estos rumores se alimenta la fama.

Por si fuera poco, Muschg nos recuerda que cada nación suele manejar la fama de sus héroes y sus artistas de acuerdo con la conveniencia de quienes están en el poder: la fama nacional de los difuntos —nos dice— no tiene raíces estéticas, proviene de necesidades y exigencias políticas de la posteridad.

El escritor austriaco Adalberto Stifter se refirió alguna vez a la incapacidad del

hombre para imaginarse la extensión verdadera de los lapsos históricos. Y, hace algunos años, en el curso de un coloquio que tuvo lugar en esta ciudad de México, yo preguntaba —me preguntaba—: si hoy, apenas a setecientos años de distancia, la obra de Chaucer es para los ingleses una obra que parecería escrita en una lengua afín, pero extranjera, como lo es para nosotros el lenguaje del Cid o el del Arcipreste de Hita, a los que difícilmente podemos acceder sin el auxilio de una verdadera traducción del castellano antiguo al castellano de hoy día, ¿qué será, si el mundo dura otros treinta mil años, qué será de nuestra lengua, de nuestra literatura, de nuestra poesía, de nuestra memoria? Polvo y nada más. Y ni siquiera polvo enamorado.

Pero en la antigüedad no se solía pensar que el mundo podría durar trescientos siglos más. Desde que tiene memoria y conciencia de sí mismo, el hombre ha vivido en la creencia de que el fin del

mundo está cerca. Las espantosas plagas y pestes que aniquilaban a millones de personas, las guerras, los grandes desastres naturales y desde luego los profetas apocalípticos, comenzando por san Juan, se encargaron de alimentar esa idea, que en la práctica fue, en todas las épocas, más que una creencia, una certidumbre y, me atrevo a afirmar, casi una esperanza: la de que ese fin señalara también el término de tanta iniquidad, de tanta estulticia, de tanta corrupción, de tanto sufrimiento. De aquí que para el poeta resultara factible que la posteridad, siendo tan breve como sin duda sería, lo recordara hasta el fin de los tiempos y que conservara, como un tesoro, sus obras: no estaba previsto, en el amanecer de la cultura occidental, la inevitable, ineluctable, fatal destrucción de toda obra artística, ya fuera por el hombre mismo o por la naturaleza. No se sabía entonces que todo libro está destinado a morir consumido por el fuego o deshecho por las aguas, y que toda catedral está

condenada a ser derribada o tragada por la tierra. En el templo de Minerva había un gran altar dedicado al olvido. El templo no existe ya, pero el altar quedó en pie para la eternidad, y allí, en sus gradas, yacen, han yacido y yacerán cuantas obras de arte el hombre ha creado o sea aún capaz de crear en su larga y brevísima existencia. Allí yacerá el hombre mismo.

¿A qué obedece, pues, el afán por consagrarse, la ambición por ganar premios y galardones, reconocimientos? ¿Y para qué, para qué, también, empecinarse en escribir más poemas, en pintar más cuadros, en componer más música, en elaborar nuevas filosofías?

Por una parte, porque pesa sobre el verdadero artista una dulce condena: no puede escapar a su destino si su destino es la creación de objetos artísticos. Por otra, ningún ser humano tolera una dosis muy grande de realidad. Gracias a eso, nos es dado enfrentarnos cada mañana a cada nuevo día como si fuéramos a vivir

mil años y no a morir diez minutos después y, de espaldas al absurdo cotidiano y perpetuo, continuar con lo que a esta vida vinimos a hacer. Además, si por un tiempo, que no sabíamos que iba a ser tan breve, se pensó que gracias al progreso de la ciencia el mundo, y con él la humanidad, podría sobrevivir, en efecto, miles y miles de años, esa ilusión duró lo que un abrir y cerrar de ojos: los cerramos a la miseria de nuestro destino, los abrimos enseguida a las calamidades que nosotros mismos hemos inventado, la inminencia de un holocausto nuclear o la destrucción de nuestro habitat, y a aquellas que, en secreto, nos reservaba —nos reserva todavía— nuestra madrastra, la naturaleza, como el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, el sida; calamidades que han vuelto a colocar el fin del mundo, o por lo menos de nuestro mundo, en primer plano. Triste, espantoso consuelo: pensar que sí seremos recordados en el futuro porque el futuro será muy breve.

Pero por lo pronto, así la posteridad dure quince minutos o quince mil años y aunque lleguemos a admitir, con Jean Genet, que la posteridad no existe, no nos queda otro remedio que seguir viviendo como si sí existiera, y esperar, ya no con ruido y furia, sin aspavientos y sin vehemencias y ansias, con humildad, que después de nuestra muerte en algo, y por algún tiempo, por breve que sea, nosotros los poetas, los escritores, seamos recordados. Este deseo no es muy diferente del que tiene todo aquel ser humano que aspire, que pida, que su trabajo sea reconocido y recompensado, y su existencia recordada por los seres queridos que deja o por aquellos que, en una u otra forma, haya beneficiado.

La celebridad puede entonces no sólo ser legítima, y legítimo el deseo de alcanzarla, sino también bienvenida y, hasta cierto punto, inevitable, como ocurre siempre que la obra de un artista es apreciada por un gran número de personas. Le

corresponde al poeta sobrellevar su fama con elegancia y discreción, sin olvidar que los extremos se tocan: peca sin duda de gran arrogancia el que presume ser el más humilde de todos.

Humano como soy, suelo repetirme y, en las mismas o parecidas circunstancias, reaccionar de manera similar. En ocasiones anteriores, cuando he aceptado un reconocimiento, he afirmado, y hoy lo reitero, que cada vez que se premia a un artista, se deja de premiar a muchos otros que también lo merecen. El Colegio Nacional no es una excepción: cada vez que ingresa un nuevo miembro, dejan de hacerlo otros poetas, otros hombres de ciencia, arquitectos, músicos, pintores, filósofos, que deberían formar parte de esta institución. Aceptar, por lo tanto, esta gran distinción, implica aceptar, con ella, una enorme responsabilidad.

Acepto, pues, este gran honor, por varias razones. Una de ellas es porque sé que con ello proporciono una gran alegría

a mi esposa y a mis hijos, que durante tantos años me han acompañado, que durante tan largo tiempo compartieron mis obsesiones y mi entusiasmo, mi fe, así como una serie de carencias y sacrificios que, si hoy parecen menores, es sólo porque el éxito los ha compensado.

Pero, sobre todas las cosas, acepto este gran honor en nombre de otros. El gran poeta francés Saint-John Perse, al que volveré a referirme más adelante, dijo, en Estocolmo, que aceptaba el Premio Nobel de Literatura en nombre de la poesía. Yo prefiero aceptar este reconocimiento, como antes dije, en nombre de otros escritores, pero no necesariamente de los que no han sido premiados: a muchos de ellos, como a otros en épocas diversas, las distinciones les tienen sin cuidado y de éstas no dependen —no dependieron nunca— ni la consumación ni la calidad de su obra. A James Joyce nunca le dieron el Premio Nobel. Tampoco a Tolstoi, a Zolá, a Proust, a Calvino, a Borges.

Sí, en cambio, acepto este reconocimiento en nombre, por ejemplo, de aquellos poetas jóvenes cuya muerte prematura aniquiló su talento, truncó su obra y los condenó al silencio. Ante este silencio, el silencio total, silencio involuntario, jamás deseado, silencio inmutable e invulnerable, silencio eterno, ¿no deberíamos tener, aquellos de nosotros que aún conservamos lucidez y fuerzas, aquellos de nosotros que, quizá sin merecerlo, aún estamos vivos y con el alma abierta a la vida y sus milagros, no deberíamos avergonzarnos de nuestros silencios?

Hace casi treinta años conocí a un joven poeta mexicano cuyos pasos seguí, de alguna manera extraña, aunque por poco tiempo. Él hizo un curso intensivo de inglés en la misma escuela a la cual, y para seguir un curso semejante, llegué yo un año después. Él obtuvo una Beca Guggenheim y con ella se fue a Londres. Yo gané la misma beca un año más tarde y con ella me fui a Londres, y me alojé en

la casa del mismo amigo en donde él se había alojado al llegar.

Pero ya no lo encontré. Unos meses antes, él había cumplido una cita que tenía, camino a Brindisi, con la muerte.

Dejó en Londres, olvidada, una camisa que yo heredé. La he conservado todos estos años. Rota y manchada, a veces llena de polvo, en ocasiones planchada y guardada en el ropero, otras colgada por meses en el respaldo de una silla, esa camisa me ha acompañado todos estos años y la he usado siempre que el desaliento y el pesimismo han estado a punto de vencerme o cuando una pereza infinita me ha invadido o cuando me ha abrumado y casi convencido la idea de que ya nada, a nadie, tengo que decir. La usé de nuevo hace poco más de un año, cuando me enfrenté a la primera página en blanco de mi novela más reciente.

Sí, acepto este gran honor en nombre de ése y otros poetas que murieron en la flor de su edad... porque... ¿cómo decirlo

de otra manera si él, mi amigo, murió en la flor de su edad, en su primavera más alta, aunque su poesía había ya alcanzado el majestuoso esplendor, la fragante belleza, la dorada madurez de un otoño que recorre las islas?

Consciente de que el hecho de aceptar el Premio Nobel de Literatura lo incorporaba a una privilegiada cofradía de la que formaban parte no sólo poetas, escritores y dramaturgos, sino también grandes hombres de ciencia que se habían distinguido en alguna de las numerosas especialidades del campo de la física, la química y la medicina, Saint-John Perse equiparó, en su discurso, la magnitud de la aventura del espíritu poético con la grandeza de las más trascendentales conquistas de la ciencia, a partir de una convicción: el poeta y el científico se plantean la misma interrogante sobre el mismo abismo y sólo sus métodos de investigación difieren. De esos dos ciegos de nacimiento que andan a tientas por ésta, la noche original, equipado

uno con instrumentos científicos, el otro asistido por las solas fulguraciones de la intuición, ¿quién —se pregunta Saint-John Perse— es el que más pronto asciende y más preñado va de efímera fosforescencia? La respuesta no importa. El misterio es común.

No sólo comparto la opinión del gran poeta francés: sé que, al agregarme a El Colegio Nacional, me incorporo, como él, a una muy distinguida cofradía en la que ciencia y poesía, o ciencia y arte, comparten el mismo altar, con el mismo derecho e igual dignidad, y por ello hoy me permito manifestar mi admiración y amor sin límites por la ciencia. No es éste el lugar, por supuesto, para polemizar sobre las aplicaciones inmorales de la ciencia. La ciencia de la que yo hablo es la ciencia en su estado más puro. Creo que mi devoción por la historia no es un secreto para ninguno de mis lectores desde la publicación de *Noticias del Imperio*, una devoción que, sin duda, heredo de mi ilustre

antecesor Francisco del Paso y Troncoso. Por otra parte, en *Palinuro de México* se muestra con toda claridad mi pasión por la medicina, ciencia que preside cada una de sus páginas. En ellas se transparenta también un gran respeto por la filosofía y un dilatado amor por la música, la pintura y la arquitectura. Pero lo que quizá no es tan evidente, lo que quizá no revelan mis escritos, es una curiosidad infinita e insaciable por todas las cosas. Podría, pienso, calificarla como una curiosidad de pretensiones renacentistas: me hubiera gustado ser físico, matemático, paleontólogo, astrónomo, espeleólogo. No hay una rama, una disciplina de la ciencia, a la cual no hubiera podido yo darle todo mi corazón con tal que alumbrara mi espíritu y le permitiera acercarse a los misterios de la vida y de nuestro universo. Leí con verdadera fruición desde niño, lo mismo a Dumas que a Paul de Kruif, a Walter Scott que a Santiago Ramón y Cajal, a Maeterlinck y su vida de los termes y las abejas, a Fabre

y sus *Recuerdos entomológicos*, y me soñé coleccionista de mariposas y escarabajos, de obsidianas y ópalos extraídos del corazón del fuego, explorador de los confines de la Tierra y del espacio, y descubridor de los mundos más grandes y los mundos más pequeños posibles: estrellas y microbios, galaxias y átomos. Años más tarde, en mi adolescencia, oí el canto de sirena del álgebra y de la mecánica cuántica, volví a escuchar de nuevo la música del espectro solar y me sedujo el lenguaje verde de Linneo. Pero llegó el momento de elegir y sobre todo el momento en que debía darme cuenta y aceptar que el péndulo de Foucault, y con él la botella de Leyden, los mecheros Bunsen, el frasco de Erlenmeyer, la jaula de Faraday y la cámara de nubes de Wilson, ninguno de estos objetos y aparatos pertenecería jamás a mi futuro, sino sólo a un mundo de recuerdos donde su vigencia estaría determinada por la sola magia de sus nombres y su poder evocador de fantasías y milagros.

En otras palabras, lo que quiero decir es que, conmigo, escritor, novelista, versificador, periodista, ingresa a El Colegio un científico frustrado, aspirante y aprendiz de hechicero que se quedó, un día, en el umbral de la ciencia. Acudo a la imagen de la caverna de Platón para pedirles, a aquellos de mis colegas que son miembros de esta institución por el hecho de ser grandes científicos de mi país, que reconozcan que algunos de nosotros los poetas solemos dejar de asombrarnos con nuestras propias sombras para asomarnos a la entrada de la cueva y deslumbrarnos con el soberano resplandor de la ciencia. Un resplandor que, a pesar de su maravillosa, inefable intensidad, no ciega: ilumina. El poeta sabe o intuye en dónde descansa, de dónde viene, en qué consiste la infinita poesía de la ciencia.

Y pienso que, por otra parte, todo científico puede comprender que el poeta, como el hombre común, se empeñe a veces en hablar un lenguaje no sólo muy

distinto a los lenguajes científicos, sino, en ocasiones, un lenguaje que parecería contradecir los adelantos más elementales de la ciencia. Porque, por ejemplo, aunque sepamos, desde el nacimiento de la óptica, que el arcoíris es el resultado de la refracción de la luz del sol en las gotas de la lluvia y aunque sepamos, también, desde Copérnico cuando menos, que es la Tierra la que gira alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra, la verdad es que el arcoíris sigue siendo un portentoso, un prodigio inexplicable. Y verdad, también, es que este planeta no ha dejado de ser nunca el centro del universo. Es más: cada uno de los seres humanos que ha habitado y habita la Tierra ha sido, es, el centro del universo. El universo fue creado para cada uno de nosotros cuando nacimos. El universo será destruido para cada uno de nosotros, con nuestra muerte.

“Ciertamente —dice el Eclesiastés, capítulo sexto, versículo once— las muchas palabras multiplican la vanidad...”.

Hay sólo dos cosas más que quisiera agregar.

Si algún día se descubre que mi nombre está unido al de Victor Hugo, Goethe, Edgar Allan Poe, Verlaine, Strindberg, Chesterton, Apollinaire, Ibsen, Lorca, Baudelaire, D. H. Lawrence y Günter Grass, entre otros, no será a causa de la excelencia de mi escritura, sino por otro motivo: aparezco, acompañado por estos ilustres personajes —y otros más: George Sand, Tagore, Kipling, Hermann Hesse, William Faulkner, Henry Miller... la lista es larga—, en un libro, aparecido hace algunos años en Estados Unidos, dedicado a todos los poetas, dramaturgos y novelistas que han tenido como un segundo oficio, o tal vez sea más apropiado decir: como un oficio paralelo al de su labor como escritores, el dibujo o la pintura.

Si me refiero a esto es porque quiero pedir, rogar a mis colegas, a los que desde hoy son mis compañeros en El Colegio Nacional, que sean tomados en cuenta és-

tos mis segundos oficios, el dibujo y la pintura, ya que es mi intención complementar con estas actividades —es decir, con muestras y exposiciones de mi obra plástica— las conferencias o pláticas sobre literatura, las presentaciones tanto de mi obra escrita como de la obra de otros autores, así como cualquiera otra actividad cultural que me permita cumplir con las obligaciones adquiridas hacia El Colegio.

Ha sido evidente que he tenido el cuidado de no mencionar a ningún miembro de El Colegio Nacional, ni muerto ni vivo, por razones obvias: mencionar a unos es dejar de mencionar a todos los demás. Permítaseme, sí, afirmar que entre los miembros tanto del pasado como del presente ha habido y hay algunos a quienes profeso una enorme admiración incondicional. Hay también algunos, hoy día, a los que con un gran orgullo llamo mis amigos. Sin embargo, debo hacer una excepción, ya que la cortesía, el afecto y, desde luego, las circunstancias me obligan a darle las más

cumplidas gracias a mi querido y admirado amigo, el historiador doctor Miguel León-Portilla, por haber aceptado contestar a mi discurso de ingreso.

Y pongo punto final, con la esperanza de que haya cumplido su propósito. Este discurso no es sino el resultado de una tarea minuciosa: la de juntar letras y palabras y ponerlas en hilera, una tras otra, hasta componer renglones y con los renglones componer párrafos y con los párrafos, páginas. Y esta tarea ha sido hecha con el amor y la paciencia de un linotipista antiguo que sigue el dictado no de la divinidad, sino el dictado, simplemente, de la honestidad, el entusiasmo y el agradecimiento.

RESPUESTA AL DISCURSO
DE INGRESO DEL MAESTRO
FERNANDO DEL PASO
COMO MIEMBRO
DE EL COLEGIO NACIONAL

Miguel León-Portilla

Polifacético, quiso en un principio ser economista y muchos años después se desempeñó acertadamente como diplomático y nada menos que en París. Fernando del Paso, al que hoy damos la bienvenida como miembro de El Colegio Nacional, es nativo de esta tan amada como afligida metrópoli nuestra. Entre sus antepasados sobresale don Francisco del Paso y Troncoso, también polifacético, que quiso en un principio ser médico y alcanzó renombre como arqueólogo, nahuatlato, hurgador de documentos e insigne historiador del pasado indígena.

Fernando se afianzó ya a su destino cuando, a los veintitantos años, recibió una beca del Centro Mexicano de Escri-

tores. Ya antes se había iniciado en tal oficio con sus *Sonetos de lo diario* y también, prosaicamente pero con ágil mano, redactando textos para varias agencias de publicidad. Siete años dedicó a su primera novela, *José Trigo*, aparecida en 1966 al concluir su beca en el mencionado centro.

En esa novela aflora con fuerza otra de sus pasiones: la que tiene por la historia, que heredó con la de su oficio de poeta en el sentido más amplio que él mismo da a esta palabra, es decir, el de creador literario.

Para realizar esta creación, la de aquel hombre de cabello encarrujado y entrecano, cuya vida conocía la madrecita Buenaventura, José Trigo, el que llegó a la estación de Nonoalco-Tlatelolco escondido en un tren, hubo de prepararse —como él lo ha dicho en otro lugar— con amplias lecturas. Fueron sobre todo de historia de México y también de literatura y mitología náhuatl, de los ferrocarrileros, del sindicalismo, de las guerras cristeras y hasta de un diccionario de aztequismos. Éste le

permitió incluir etimologías de nombres de lugar aquí y allá en el torrente de su expresión que a veces reverbera luminosa y a veces se torna sarcástica y tremenda.

Esta primera novela de Fernando es mucho más que el relato de la vida de José Trigo. Recrea el mundo de los ferrocarrileros en la dramática situación que vivieron los años sesenta y, yendo y viniendo por el gran escenario de tiempo, también atisba no poco del devenir de México, desde su pasado prehispánico hasta aconteceres como la lucha de los cristeros del volcán de Colima.

José Trigo ha llegado a tener más de quince ediciones en español, le ganó el reconocimiento de la crítica y el de decenas de miles de lectores. Las puertas se abrieron entonces para participar con una beca, durante un par de años, en el International Writing Program de la Universidad de Iowa.

Dio principio entonces a la preparación de la que iba a ser la segunda de sus no-

velas, de la que luego hablaré. Concluido su lapso de estancia en esa universidad, Fernando, que no era ni es precisamente un millonario, se planteó la posibilidad de obtener alguna otra beca. Tres escritores reconocidos mundialmente, uno de ellos colega nuestro en este Colegio Nacional, apoyaron decididamente la solicitud que hizo a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation. Fueron ellos Octavio Paz, Miguel Ángel Asturias y Juan Rulfo. Esa beca, que más tarde habría de renovársele, propició grandemente que Fernando pudiese dedicarse con alivio a sus afanes de escritor, siempre acompañado de Socorro, su admirable mujer.

Por curiosidad intelectual, pero también en no pocas ocasiones por necesidad, ha sido polifacético Fernando. Así, al concluir su estancia en la Universidad de Iowa y habiendo comenzado a escribir una segunda novela, hubo de trasladarse a Londres, donde trabajó como productor de programas de radio, escritor y locutor en

la British Broadcasting Corporation. Larga fue esa estancia, puesto que se prolongó por cerca de catorce años, de 1971 a 1985.

Palinuro de México se llamó la nueva novela, aparecida en Madrid en 1977 y en México en 1980, una vez más, como el mismo Fernando lo ha declarado, para escribirla leyó y estudió sobre historia de la medicina y específicamente sobre anatomía, fisiología, patología, cirugía, necropsis, química, física y, asimismo, historia del arte y filosofía. Como ocurrió antes con *José Trigo*, *Palinuro de México* está concebida con técnicas literarias originales, por no decir revolucionarias. El resultado es una caleidoscópica visión donde se mueven y actúan Palinuro y otros muchos personajes en espacios y tiempos pletóricos de alusiones a temas de *re medica* o, más llanamente, tocantes a la medicina. Y ello desde el comienzo: cuando entra en escena el tío Esteban, nacido en Leopoldstadt el inmigrante en México, hijo de un cirujano y ocasional músico de cámara, en efec-

to, el tío Esteban —tío de Palinuro y padre de Estefanía— no dejaba de hablar de eso que no alcanzó a estudiar formalmente, pero que tanto le atrajo de por vida: la medicina.

En ese microcosmos se crió Palinuro, el que siempre giraría también en torno a la *re medica*, el que, no sabiendo a ciencia cierta quién era, llegó a decir: “Es muy difícil saber quién fue más importante para mí, si Palinuro o Estefanía”.

Palinuro es y no es, y de él nos dice Fernando del Paso —con su deslumbrante, preciosista, renovador lenguaje— que se llama “como el piloto de la nave de Eneas”. Y por mi parte recuerdo que fue él a quien Morfeo hizo que se durmiera y cayera al mar, y arribara a las playas de Salerno donde unos malvados le dieron muerte. Y Fernando, con sabia y humorística erudición, añade que su personaje se llamó también “Palinuro, como el *Palinurus vulgaris* que nace en las aguas bajas con el nombre de langosta común [...] Palinuro,

como el promontorio de la provincia italiana de Salerno”.

Palinuro que sabe decir discursos —y se ve envuelto en los trágicos sucesos de 1968— exige justicia, habla en nombre de los estudiantes y filosofa sobre la historia de México. Al concluir un discurso su perenne interlocutor, él mismo, se pregunta: “Palinuro —le dije—, no entendí una sola palabra”. “Ése es el problema: que nadie me entiende —me contestó—, pero ven a verme después de la manifestación y te contaré”.

Novela henchida de sutiles significados, con riqueza de connotaciones polisémicas, psicológicas, eróticas, estéticas, históricas y, por supuesto, médicas, es en verdad un libro dionisiaco, canto al amor, el de Palinuro y Estefanía, magistral relato que se abre y se cierra con evocaciones que convergen: ha nacido Palinuro y hay que avisarle no ya sólo al tío Esteban, sino también, entre otros, a Cyrano de Bergerac y al espíritu de Fausto que cabalga por los espacios.

Tan grande éxito tuvo el *Palinuro* que, tras publicarse también en Cuba, apareció traducido al portugués, francés, inglés, alemán y holandés. Las reseñas acerca de él son innumerables. Más de una tesis universitaria lo tomó como tema y entre los varios premios que por él ha recibido su autor están el Premio Novela México, el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos y el Premio Médicis a la mejor novela extranjera publicada en Francia, en 1985.

Fernando del Paso se trasladó ese mismo año a París, donde laboró como escritor y productor de programas en Radio France Internationale. Un tiempo después de que *Palinuro* vio la luz por vez primera en 1977, Fernando inició otra novela, hasta hoy la más ambiciosa de las suyas. La conclusión y aparición de ésta coincidió con su desempeño, también en París, como consejero cultural de nuestra embajada en Francia.

¿Habrà alguno entre nosotros que no haya leído *Noticias del Imperio*? La pa-

sión de Fernando por la historia alcanza allá su realización hasta hoy más plena. Centenares de títulos hubo de leer sobre la Intervención francesa y el Imperio, y asimismo acerca de la historia del mueble y el vestido en la época, gustos gastronómicos, aspectos sanitarios, pregones y vocabulario, y también acerca de la vida de Benito Juárez.

En *Noticias del Imperio*, las historias de México, Francia, Austria, Bélgica, España y Estados Unidos se entretajan en barroca y universal visión con un personaje central, dramático, tan fantástico como exótico y sarcástico, que se llama Carlota de Saxe-Coburg-Gotha, hija de Leopoldo I de Bélgica. Los muy numerosos comentarios que de este libro han aparecido en los países en que se ha publicado y que son en buena parte los concernidos en esta historia y novela prodigiosa me liberan a mí, lego como crítico literario, de acumular más palabras sobre este libro, para mí el más logrado de Fernando. Las *Noticias* se han

publicado en español en México, España, Argentina y, sin autorización del autor, en Cuba. Hay traducciones al francés y al chino, y están por aparecer al alemán, portugués y holandés.

Como no es mi propósito ofrecer aquí mi versión personal del *curriculum vitae* de nuestro hoy colega en esta institución, sólo aludiré ya a otras muestras de su vivo y polifacético ingenio. Fernando del Paso, como los antiguos *tlabcuilos*, es escritor y asimismo pintor. Su obra pictórica —de la que Ascensión, mi mujer, y yo nos preciamos de poseer un cuadro— aunque a veces deja entrever la influencia de Rufino Tamayo, quien fue miembro de este Colegio Nacional, es en muchos aspectos personalísima y, por ende, original. En ella, como en sus novelas, la fuerza fulgurante de la expresión se sustenta en el preciosismo de los detalles y aun minucias, elocuentes por sí mismas.

Ha expuesto con éxito en los museos Carrillo Gil y de Arte Moderno en México,

así como en Londres, París y varios lugares de Estados Unidos.

Fernando ha sido asimismo, con la colaboración de su esposa Socorro, magistral presentador del arte gastronómico de México. De ello da fe su libro, muy bien recibido en Francia, *Douceur et passion de la cuisine mexicaine*, publicado en París en 1991.

Y ya sólo recordaré, por una parte, sus dos bellas aportaciones en el campo de la literatura para niños: *De la A a la Z por un poeta* y *Paleta de diez colores*, así como su incursión en el campo de la novela policíaca: *Linda 67. Historia de un crimen*, aparecida el año pasado (1995). Como un ejemplo de buen humor, en la primera solapa del libro hay una fotografía suya con sombrero y atuendos que recuerdan a un detective como los clásicos de Scotland Yard.

De vuelta en México, continúa trabajando, escribe numerosos artículos y reseñas, da conferencias, y dirige la Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz. También hace

acopio de datos para retomar el tema de las guerras cristeras al que dedicó dos capítulos en la novela *José Trigo*. La intención es obvia: se prepara para escribir la que será su cuarta gran novela.

Al llegar a este punto, quiero ya responder concisamente a lo que ha expresado en su discurso de ingreso a El Colegio. Ha dicho al final de éste que me da cumplidas gracias por haber aceptado contestarle. Yo se las doy también a él por haberme lo pedido, cosa que me honra y alegra. Somos amigos y nos une también el amor por la historia.

A mi parecer, el discurso de Fernando se cifra en dos asuntos íntimamente relacionados entre sí y que, en definitiva, conciernen a la que, por encima de todo, es su profesión central. Uno y otro los plantea en forma de preguntas: ¿qué es la escritura y por qué o para qué escribe un autor? Plantea la primera citando una ingeniosa declaración de quien se dice en *Noticias del Imperio* “Yo soy un hombre de letras”

y hace entrega a su hijo de un refulgente alfabeto, diciéndole que, acomodando de infinitas formas esos veintiocho caracteres, todo puede expresarse. ¿Serán los escritores, nota entonces Del Paso, “nada más que juntadores de palabras, palabras en hilera que se convierten en renglones, renglones que hacen párrafos, párrafos que llenan páginas, páginas que forman libros”?

En busca de respuesta cita luego algunas reflexiones de Paul Claudel y Raymond Queneau. Inspirándose en lo externado por éste último, reconoce que “las formas de contar una misma historia son innumerables, quizás infinitas, si bien en todos los casos, sin excepción, la atmósfera y el carácter de cada versión son distintos. Es así —añade— como existe, en potencia, cualquier cantidad imaginable de formas de volver a contar la *Odisea*. Es decir, el exilio y las aventuras de Ulises”.

Aplicando esto a la preocupación que lo invadió al percatarse de la obligación que tenía de escribir éste su discurso de ingre-

so a El Colegio Nacional, cree encontrar una respuesta a su pregunta. Él ha juntado palabras, renglones, párrafos y páginas, hallándose en un ambivalente predicamento: por una parte, cual si escuchara un “dictado, revelación que hace del escritor un profeta, un emisario...” y, por otra, como el albañil que “edifica su casa piedra sobre piedra, palabra sobre palabra”. Así, nos dice, ha escrito, entre esos extremos que lo orientaron para pergeñar, de entre una infinitud de posibles discursos, el que de hecho nos ofrece y que es “única y huérfana versión que deberá bastarse por sí sola”.

A él, que se ha sentido atraído por el náhuatl y la literatura en esa lengua —como lo deja ver sobre todo en la primera de sus novelas— debo decirle aquí, abundando en su respuesta, que ésta parece coincidir con lo que dejó dicho el sabio Ayocuan Cuetzpaltzin, señor de Tecamachalco:

Del interior del cielo vienen
las bellas flores, los bellos cantos.

Los afea nuestro anhelo,
nuestra inventiva los echa a perder...

¿Acaso, amigo Fernando, te ha ocurrido algo parecido cuando nos dices que escribes cual si escucharas un dictado, revelación que hace de ti casi un profeta o emisario divino, pero que luego te conduces tan sólo como el albañil que edifica su casa piedra sobre piedra, palabra sobre palabra? ¿Te crees inspirado cual si oyeras, según dices, un solo instante a través de la zarza ardiente para luego cegarte y afearte con tu anhelo, hablando ya por ti mismo, esas bellas flores y cantos que del interior del cielo vienen? Feliz coincidencia es la tuya con el poeta náhuatl. Yo por mi parte, como muchos otros lo han hecho ya, puedo decirte que en tus obras perduran flores y cantos de esos que, según Ayo-cuan, del interior del cielo caen.

Trataré ya de la otra pregunta: ¿por qué o para qué escriben los que escriben? Los intentos de respuesta han sido muchos y

Fernando cita algunos. “El acto de crear —nos dice luego— [...] es, en sí, por sí solo, un fin. Terminado el objeto, sin embargo, suele transformarse en un medio para alcanzar otro u otros fines: dinero, por ejemplo, o fama. Así, personajes muy respetables del mundo de las letras fueron presa de la obsesión de la inmortalidad”.

Fama en vida o fama póstuma, aunque el escritor diga a veces con soberbia que no las busca, sobresalen entre los incentivos, aunque éstos aparecen a veces ensombrecidos por preguntas como ésta que se plantea Del Paso: “¿qué será, si el mundo dura otros treinta mil años, qué será de nuestra lengua, de nuestra literatura, de nuestra poesía, de nuestra memoria? Polvo y nada más. Y ni siquiera polvo enamorado”.

A la luz, o mejor, a la triste oscuridad de reflexiones como ésta, la pregunta insistentemente vuelve a ser planteada: “¿A qué obedece, pues, —se cuestiona Fernando— el afán por consagrarse, la ambición por ganar premios y galardones, reconoci-

mientos? ¿Y para qué, para qué, también, empecinarse en escribir más poemas, en pintar más cuadros, en componer más música, en elaborar nuevas filosofías?”.

Es una condena, se responde Fernando, es un destino. Yo le añadiría: es un *tonalli*, destino, como lo concibió el hombre náhuatl, detectable en el escrutinio de sus cómputos astrológicos, carga inescapable que, si se malogra, traerá consigo ruina y muerte. Pero también es escape de la realidad. Como nos lo dice nuestro colega: “ningún ser humano tolera una dosis muy grande de realidad”. El escritor se reafirma entonces y cree percibir que existe un consuelo, aunque sea espantoso: “pensar que sí seremos recordados en el futuro porque el futuro será muy breve”. Aunque la posteridad dure quince minutos o quince siglos, hemos de seguir viviendo y escribiendo “como si sí existiera, y esperar, ya no con ruido y furia, sin aspavientos y sin vehemencias y ansias, con humildad, que después de nuestra muerte en algo,

y por algún tiempo, por breve que sea, nosotros los poetas, los escritores, seamos recordados”.

Se aplica más directamente a tal consideración Fernando y afirma que acepta la fama por precedera que sea, los premios y los reconocimientos como éste de su ingreso a El Colegio Nacional. Y filosofa otro poco y reconoce que, como el escritor que al redactar un texto deja en la nada a otros muchos posibles sobre el mismo asunto, también el que recibe un honor como el presente hace imposible que otros muchos pudieran también recibirlo. Tal es nuestra condición de terrícolas. Reconfortante es lo que enseguida enuncia: “Acepto, pues, este gran honor, por varias razones. Una de ellas es porque sé que con ello proporciono una gran alegría a mi esposa y a mis hijos, que durante tantos años me han acompañado...”.

A reflexión tan profundamente humana sigue luego otra. Consiste ella en la recordación de un amigo, joven poeta mexica-

no que perdió la vida en un accidente, camino a Brindisi, en Italia. En nombre de ese amigo acepta también un reconocimiento como éste. Una camisa suya que había olvidado al salir de Londres ha sido símbolo para Fernando que la encontró. “Rota y manchada, a veces llena de polvo —nos dice— [...] la he usado siempre que el desaliento y el pesimismo han estado a punto de vencerme [...] o cuando me ha abrumado y casi convencido la idea de que ya nada, a nadie, tengo que decir”.

Mi comentario sonará a catecismo: ¿no tenemos en esto un argumento para creer en la virtud de las reliquias y en la comunión de los santos?

Llenas de sentimiento, más allá de las dos preguntas que he comentado, son las palabras finales del discurso de Fernando del Paso. Nos dice que, al agregarse a El Colegio Nacional, es conciente de que lo hace “a una muy distinguida cofradía en la que ciencia y poesía, o ciencia y arte, comparten el mismo altar, con el mismo derecho

e igual dignidad...”. Él, que ha cultivado poesía y arte, confiesa enseguida “admira-
ción y amor sin límites por la ciencia”. Como para exhibir pruebas de esto, nota su devoción por la historia, heredada de su ilustre antecesor Francisco del Paso y Troncoso, patente en *Noticias del Imperio*, y por la medicina, lo que se comprueba con claridad en *Palinuro de México*.

Recuerda sus lecturas de niño y joven, y nos dice cómo se acercó con igual fruición a obras literarias y de científicos, como Paul de Kruif, Santiago Ramón y Cajal y Jean Henri Fabre. Para información de todos, añade que con él “escritor, novelista, versificador, periodista, ingresa a El Colegio un científico frustrado, aspirante y aprendiz de hechicero que se quedó, un día, en el umbral de la ciencia”.

Verdad es, añado por mi parte, que, como lo escribió Albert Einstein en *La física, aventura del pensamiento*, todo auténtico científico es un poeta. Ojalá que la proposición inversa fuera también cierta.

Es al menos verdad que el poeta, yendo más allá, complementa y enriquece lo que el científico descubre. Buenos ejemplos aduce Fernando. La óptica nos dice que el arcoíris es el resultado de la refracción de la luz del sol en las gotas del agua de la lluvia, pero la verdad es que el arcoíris sigue siendo un portento y un prodigio. Y aunque desde Copérnico consta que la Tierra es la que gira alrededor del Sol, es también verdad que seguimos sintiendo que nuestro planeta no ha dejado de ser el centro de nuestro universo y cada uno de nosotros cree también serlo. Por eso el poeta sabe que “El universo fue creado para cada uno de nosotros cuando nacimos” y “El universo será destruido para cada uno de nosotros, con nuestra muerte”.

Querido amigo Fernando, no sólo juntador de letras y palabras, no simple buscador de fama y recordación perdurable, sino poeta, maestro de la expresión cuidadosa, que repiensas y das vida a las bellas flores y los bellos cantos que del cielo

vienen, hoy nos has enriquecido de nuevo con éste tu lúcido discurso. El trabajo de tu vida, tu palabra, es apreciado entre nosotros. Parafraseando a Agustín Yáñez, que hace ya veinticinco años respondió a mi discurso de ingreso a esta institución, te diré que prosigas en tu bello y noble oficio de *tlahcuilo*, escritor y pintor, que eres. Bienvenido enhorabuena. A partir de ahora tu palabra resonará muchas veces y por largo tiempo —así lo espero y deseo— en el aula magna de la República, que es El Colegio Nacional.

ÍNDICE

Palabras de salutación

Salvador Elizondo 7

*Yo soy un hombre de letras. Discurso
de ingreso a El Colegio Nacional*

Fernando del Paso 15

*Respuesta al discurso de ingreso
del maestro Fernando del Paso
como miembro de El Colegio Nacional*

Miguel León-Portilla 49

Yo soy un hombre de letras se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2016 en los talleres de Cromo Editores, S. A. de C. V., Miravalle 703, Col. Portales, C. P. 03300, México, D. F. En su composición se usó tipo Garamond 12:14, 10:12 puntos. La edición consta de 500 ejemplares. Dirección editorial: Alejandro Cruz Atienza. Coordinación editorial: María Elena Ávila Urbina. Formación: Sandra Gina Castañeda Flores. Corrección: Daniela Ivette Aguilar Santana. Fotografía y diseño de portada: Gerardo Márquez Lemus.

